

paisaje, no el personal y nostálgico, sino el social y realista: ... riberas fabriles del Nervión, Sestao, Erandio...», todo lo que llama, ayer y hoy, a la puerta del poeta, «golpeando / con las olas y el viento del Cantábrico». Mar al que camina, navega, su río, ese Nervión, tan presente en sus poemas «vascos», al que ama y recuerda desde lejos, desde muy lejos, «en París, en Georgia, en Leningrado, / en Shanghai...», con sus muelles, sus barcos, sus mercancías y gaviotas, pero también con «los altos hornos negros, encarnados, / donde el hombre maldice / cuanto rezan indignos dignatarios, / ...», del poema sin título que empieza «Amo el Nervión...».

Pero no es sólo el mar Cantábrico, es todo «el mar / alrededor de España» (palabras que inician el primer poema de «El forzado»), «mar niña / de la Concha /», y «amarga mar de Málaga», «verde Cantábrico» y «azul Mediterráneo», y —en homenaje a Rafael Alberti— «mar aitana de Cádiz». Mar plural y uno, al que el poeta invoca con demanda de paz y solidaridad frente a una historia cruel, un tiempo de desprecio del hombre: «... borrad / los años fraticidas, / unid / en una sola ola / las soledades de los españoles.»

La doble visión de España, la heroica y popular, la que tuvo un ayer alegre, esperanzado, y espera su mañana, y frente a ella, la de la sangre fraticida, el silencio y el presente sombrío, estructura el libro todo y en esta primera parte tiene ya una cumplida representación. España es, a la vez, madre y madrastra, miserable y hermosa, bella y doliente; es la tierra del «desdén / Idiota ante la ciencia, / el progreso» (en el poema «Por venir»), pero también el «pueblo derramado aquel 14 / de abril, alegre, / puro, heroico Madrid, cuna y sepulcro / de mi revuelta adolescencia», en el poema, sin título, que empieza «Madrid, divinamente / sueñas...». La alusión a la proclamación de la Segunda República española el 14 de abril de 1931 marca una de las fronteras temporales, históricas, del libro, de la obra y la vida de Blas de Otero, que tenía quince años en esa fecha; la otra, la de un pasado inmediato y prolongado en el presente, es la de la revolución cubana, también aludida en esta primera parte de *Que trata de España* («De haber nacido, haber / nacido en otro sitio; / por ejemplo, en Santiago / de Cuba mismo», primeros versos del poema «Heroica y sombría», título síntesis de todo el contenido del libro), e inmediatamente aplicada a su patria, a la España soñada y esperada («De haber nacido, haber / nacido en otra España; / sobre todo, la España de mañana»). Cuba y su revolución reaparecen en «La verdad común», capítulo quinto y último, en poemas como «De playa a playa» —poema en prosa—, «Cuando venga Fidel se dice mucho» y «Poeta colonial» (1964), importante ejemplo de la sabidu-

ría poética de Otero en unir, superponer planos, fundir la historia, el presente español con el de la isla antillana, porque estando en ella «oigo las mismas palabras / que en Jaén Extremadura Orense / y siento ganas de llorar o de hacer la revolución / cuanto antes / incomprendible España...», a la que invita, incita a participar, a incorporarse a la gran fiesta colectiva: «... vamos, España, ponte tu traje de los miércoles / el colorado y danza junto al Nalón / vienes y vas a Cuba por el mar / ...», que repite en rotundo e inequívoco final: «Ponte tu traje colorado danza ataca canta.» En la amplia antología de 1969, *Expresión y reunión*, y formando parte del libro inédito *Poesía e historia* (1960), se incluye todo un apartado titulado «Con Cuba» (1962), y compuesto de seis poemas, tres de ellos los citados «De playa a playa», «Poeta colonial» y «Cuando venga Fidel...», en uno de los otros, el que cierra la serie y utiliza el popular estribillo «Guantanamera guajira / Guajira guantanamera», con la despedida de Cuba va el recuerdo, la confesión de una unión indestructible: «Triste de aquel que le tira / su patria de tal manera», para terminar: «Me voy, mi patria me espera.» *Mientras*, libro de 1970 (Ediciones Javalambre, Zaragoza), contiene en su tercera y penúltima sección, «Historias y cuentos», dos poemas que vuelven a relacionar Cuba y España, aunque aquí poniendo en primer lugar su ciudad, Bilbao, contrastada con Madrid, París, Moscú, Pekín y La Habana, en el primero, «Morir en Bilbao»; en el segundo, «Y yo me iré...», es la despedida furiosa, el nuevo recordatorio de todo lo padecido y destruido en su ciudad, a la que una y otra vez le repite «No; no volveré»: «... Si muero, / dejaré el balcón abierto: / no sé si en Cuba, en Madrid, / en Moscú, en París. No sé / dónde. Pero lo que sé / seguro, es que me voy. Y / no volveré.» Indignación y rabia que no impiden que al frente de «Morir en Bilbao» (¿cómo no recordar el «Morir en Madrid» cinematográfico?) haya dejado estas palabras: «adusta y beatona, con su terrible fuerza soterrada reflejándose en el cielo nocturno de la ría», que contienen la misma dualidad de su visión de España en esa «fuerza soterrada», esperanza de un tiempo nuevo, liberador y constructor. Y a pesar de todo, como confiesa en «Y yo me iré...», la ciudad ahogadora e hipócrita no pudo devastarlo todo: «Quemaste mi juventud / como un trapo viejo», pero «Un día, me rebelé»; «Me arrebañaste / la ilusión: no el entusiasmo.»

En esta doble dirección, en esta superación de la derrota y la impotencia, con su palabra lanzada contra el muro del silencio, golpeándolo sin desmayo, esperando verlo abatirse, se va construyendo *Que trata de España*. «Avanzando», poema del capítulo cuarto, «Geografía e historia», podría ser la palabra-símbolo: «despierta / patria

mía, / avanzando, cayendo y avanzando», final de un texto que proclama una vez las raíces de su autor, la «sabiduría popular / donde apoyo y remozo mi palabra»; o es el futuro encarnado en la juventud en el soneto-homenaje a Miguel Hernández, 1939-1942, de esta misma parte del libro: frente a «una España y triste», en medio de la cual sucumbió el poeta, «la juventud de hoy, la de mañana, / forja otro cielo rojo, audaz, sonoro, / con un rayo de sol en la ventana». Esperanza cada vez más identificada con la revolución, como en el final de ese soneto y de este otro, titulado «España»: «... lugar de lucha y días hermosos que se acercan / colmados de claveles colorados, España.» Frente al presente injusto, la luz encadenada por las sombras, la juventud amancillada («pero no vencida»), «La palabra» —título del capítulo segundo— del poeta es, ante todo, recuperación de todo lo aplastado bajo el silencio, de la «patria perdida», de la realidad envilecida y traicionada. Palabra que es lucha, combate cotidiano por la justicia y la paz, por recobrar la realidad. Realidad que es España, y le llama. Y le dice, con Antonio Machado, «Dame / tu mano. Y caminemos», final de *Copla*, en «La palabra». Escribir, hablar, es decir, caminar, vivir, existir, y existir en España, por tanto, «de España y de su gente / escribo», en *No quiero que le tapen la cara con pañuelos* (alejandrino del lorquiano «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías»).

Siempre maestro de la palabra, dueño de innumerables recursos técnicos, con su sabia utilización y combinación de lo culto y lo popular, el préstamo literario y la reelaboración personal, Blas de Otero formula en *Que trata de España* su código, lo que él llama *Cartilla (poética)*, que empieza con una declaración fundamental («La poesía crea las palabras. / Lo sé. / Esto es verdad y sigue siéndolo / diciéndola al revés») a la que siguen otros «derechos» de la poesía, como la exigencia de sinceridad y el que «atañe a lo esencial del ser»; pero, a continuación, el poeta coloca otra afirmación también fundamental: «La poesía tiene sus deberes. / ... Entre yo y ella hay un contrato / social», para concluir anteponiendo lo social a lo metafísico, en una posición existencialista de sólida raíz marxista: «Pero yo no he venido a ver el cielo, / te advierto. Lo esencial / es la existencia, la conciencia / de estar / en esta clase o en la otra. / Es un deber elemental.» En estrecha relación con este texto se encuentra el que figura a continuación, «Belleza que yo he visto, ¡no te borres ya nunca!», donde Otero establece un orden de prioridades, y antes que la belleza, que la estética, existen otras urgencias, la social y la ética: «Antes / hay que poner los hombres en su sitio.» El poeta conoce, ha visto, y no olvida. Sabe lo que necesita